

Fernando V el Católico en las vistas de Savona de 1507

EN junio de 1507 tuvieron lugar las vistas entre el rey de España Fernando V el Católico y el rey de Francia Luis XII, cerca de Génova, en el puerto de Savona, con ocasión del regreso del Rey Católico de Nápoles a España. Es este un punto que hasta ahora no ha podido ser dilucidado, ignorándose qué es lo que allí se trató y cuáles fueron las orientaciones de política internacional que entre ambos Reyes se convinieron. Vamos a tratar de esclarecer este asunto aportando a él nuevos datos.

Conviene recordar que a partir de la muerte de Isabel la Católica había suscitado su yerno Felipe I el Hermoso dificultades a Fernando V el Católico por no querer reconocerle el título de Gobernador de Castilla que en su testamento le había asignado la difunta Reina. A fin de asumir para sí el Gobierno, Felipe I el Hermoso, apoyado por su padre el Rey de Romanos, Maximiliano I, buscó el apoyo de Francia, nación que se hallaba en estado de guerra con España, reciente aún la conquista de Nápoles por el Gran Capitán, que acababa de expulsar, después de la batalla del Garellano, de aquel Reino a los franceses a principios de 1504. En septiembre de este mismo año, en el acuerdo firmado en Blois entre el Rey de Francia por una parte y el Rey de Romanos y su hijo Felipe por otra, y luego en los acuerdos de Hagenau, de 6 de abril de 1505, se había llegado a un arreglo entre ambas partes sobre la base de concertar el matrimo-

nio de la Princesa Claudia, hija mayor del Rey de Francia, con el príncipe don Carlos, que había de ser luego el emperador Carlos V. En estos arreglos se habían incluido cláusulas perjudiciales a los derechos de España sobre Nápoles, haciéndose en este terreno concesiones a Francia para que, a su vez, Luis XII apoyara las pretensiones de Felipe I a la gobernación de Castilla.

Animado por este apoyo, creó Felipe I a su suegro Fernando el Católico toda clase de dificultades, hasta tal extremo que, para terminar con ellas, se vió obligado Fernando V a concertarse a su vez con Francia, concluyendo un tratado de paz y amistad que se firmó en Blois el 12 de octubre de 1505, al mismo tiempo que se concertaba su propio matrimonio con doña Germana de Foix, sobrina carnal de Luis XII. Pensó el Rey defenderse en esta forma, gracias a la ayuda de Francia, de las pretensiones de su yerno que, sin embargo, venido a Castilla en abril de 1506, consiguió rápidamente que todos los nobles y grandes se pusieran a sus órdenes, abandonando a Fernando V, que, desamparado de todos, tuvo que retirarse a Aragón, marchando luego de allí a Nápoles a poner en orden los asuntos de aquel Reino recién conquistado. Durante su viaje a Italia, falleció en Burgos Felipe el Hermoso.

Este hecho dió lugar a nuevas complicaciones internacionales, porque el Rey de Romanos, Maximiliano I, pretendía asumir el Gobierno de Castilla como tutor de su nieto el príncipe don Carlos, a lo que se oponía Fernando V, manifestando que éste no era sino el Príncipe heredero mientras viviera la reina doña Juana la Loca, verdadera señora y propietaria de Castilla y la única que tenía derecho a gobernarla. Y como ella se encontraba en un estado de salud que le impedía ocuparse de los asuntos públicos, era a su padre, Fernando V, a quien correspondía aquella gobernación. A fin de defender sus pretensiones hizo el Rey Católico toda clase de esfuerzos para asegurarse la amistad de Luis XII de Francia con objeto de que éste creara dificultades a Maximiliano I en Flandes, ayudando a los

principales señores de aquel país, que a la muerte de Felipe I no querían reconocer a su padre derecho alguno a inmiscuirse en sus asuntos. Al mismo tiempo deseaba el Rey Católico que, con idéntico fin, apoyara Luis XII las pretensiones de Carlos de Egmond, duque de Gueldres, que disputaba la posesión de algunos territorios en la actual provincia de Gueldres en los Países Bajos. Por su parte, Luis XII trataba de que el Rey Católico le apoyara para hacer conjuntamente la guerra contra Venecia, a fin de rescatar de manos de esta Señoría vastos territorios de que ella, sin derecho alguno, se había apoderado, aprovechándose de las revueltas de los pasados tiempos. En estas condiciones la amistad entre ambos Reyes fué afirmándose poco a poco, ayudando Fernando V a Luis XII a sofocar la rebelión de la República de Génova contra los franceses, para lo cual envió cuatro galeras a sumarse a las fuerzas de Luis XII que personalmente venía al frente de su ejército a restablecer su autoridad en Génova.

En vista de esta buena disposición, el Embajador del Rey de Francia, señor de Guisa, se esforzó por conseguir la aquiescencia de Fernando el Católico para que ambos, de común acuerdo, pusieran en el trono de Navarra a Gastón de Foix, hermano de la Reina doña Germana, expulsando de allí a los actuales reyes don Juan de Albret y doña Catalina, por alegar Gastón de Foix mejor derecho que ellos a aquel trono. Y deseoso de proteger cuanto pudiera a su sobrino, pensó también el Rey de Francia en casarle primero con la Infanta doña Catalina, que estaba en Inglaterra prometida al Príncipe de Gales (que luego había de ser Enrique VIII) o bien con la propia reina doña Juana, que acababa de enviudar. Y el cardenal d'Amboise, favorito y primer ministro del Rey de Francia, intentaba, a su vez, ganar al Rey Católico para que le ayudara a ser nombrado Sumo Pontífice cuando se produjera la vacante, o bien poniéndose de acuerdo para destituir al papa Julio II, cuyo temperamento violento y belicoso no parecía compadecerse con la misión de paz del

Jefe de la Iglesia. Tal era el estado de las relaciones hispano-francesas a mediados de 1507.

Por otro lado se esforzaba el Rey en ganarse la amistad del Papa y en confederarse con él, disipando la animadversión que Julio II tenía hacia España y hacia todo lo español. A este efecto le había ayudado recientemente, cuando en octubre de 1506 fué Julio II a apoderarse de Bolonia, expulsando de ella a Juan Bentivoglio, que la tenía en su poder. Apenas hubo terminado con éxito aquella empresa, se propuso Julio II lanzarse a la guerra contra Venecia, que también tenía en su poder importantes ciudades y territorios de los Estados Pontificios, de los cuales se había apoderado aprovechándose de los momentos de confusión que siguieron a la muerte de Alejandro VI y a la caída de César Borja. Sabiéndolo Fernando V le envió un Embajador ofreciéndole confederarse con él para aquella guerra, puesto que los venecianos tenían en sus manos importantes puertos del Reino de Nápoles. Se enlazaba esta gestión con las negociaciones que, como hemos visto, se llevaban adelante entre el Rey de España y el de Francia con aquel mismo objeto. Pero el Papa Julio II había visto con mucho recelo la venida de Luis XII a Italia al frente de su ejército para sofocar la rebelión de Génova, por ser él mismo oriundo de aquel país, lo que le había inducido a ayudar en secreto a los rebeldes, y por temor de que, en realidad, se propusiera seguir adelante para arrebatarse a él la tiara y dársela a su favorito el Cardenal d'Amboise. Esto había originado una fuerte enemistad del Papa hacia el Rey de Francia, que hacía por el momento imposible el que los propósitos relativos a la guerra conjunta contra Venecia, pudieran llevarse a la práctica. Pero el Rey Católico seguía haciendo cuanto estaba en su mano para atraerse la amistad de Julio II, enviándole a este objeto una Embajada especial para prestarle obediencia por su reciente elección para la dignidad pontificia, llegando así a crearse entre ambos unas relaciones de gran cordialidad.

Por otra parte se había atraído también el Rey Católico a Enrique VII de Inglaterra concertando el matrimonio de su hija la infanta doña Catalina con el Príncipe de Gales y dándole esperanzas de que, una vez vuelto a Castilla y adueñado del Gobierno de este Reino, trataría de que doña Juana la Loca accediera a los deseos del monarca inglés de casarse con él. También se había esforzado en atraerse a los Reyes de Navarra, si bien en este caso sin resultado, porque, aprovechando ellos su ausencia, habían decidido expulsar de ese Reino al Conde de Lerín, casado con una hija bastarda de Juan II de Aragón, que, por tanto, era hermana del Rey Católico. Aquella guerra contra el Conde de Lerín, en la que había de morir en una acción sin importancia el temido y odiado César Borja, tenía complicaciones en el interior de Castilla, donde existía un grupo de nobles que antes había ayudado a Felipe el Hermoso y que ahora era opuesto a que el Rey Católico volviera a adueñarse del Gobierno. Entre estos nobles descollaba el Duque de Nájera, cuya hija estaba casada con un hijo del Conde de Lerín. Por tanto, si bien Fernando V no había podido conseguir crear una situación de amistad con los Reyes de Navarra, la guerra que éstos hacían al Conde de Lerín le venía a beneficiar, por cuanto que el Duque de Nájera había ido a apoyar a éste, debilitándose, por tanto, en Castilla el grupo de sus adversarios.

Mientras así buscaba por todos lados alianzas y apoyos que le permitieran regresar a Castilla sin dificultad, negociaba Fernando V con Maximiliano I por medio de los embajadores de éste el obispo de Lubiana, Cristóbal Rauber, y el preboste Lucas de Reynaldis, que estaban acreditados cerca de él en Nápoles. Largas fueron aquellas negociaciones, porque Maximiliano I, habiendo reunido la Dieta del Imperio en Constanza, consiguió excitar a los representantes alemanes contra Luis XII, obteniendo así de ellos importantes subsidios y tropas, por cuya razón, envalentonado, proponía a Fernando V que renunciara a volver a Castilla, nom-

brándose en este Reino una especie de Junta de Regencia en la que ambos tendrían sus representantes. Pero el Rey Católico no quiso en ningún momento escuchar tales pretensiones, negándose a poner en negociación sus derechos al Gobierno de Castilla y tratando de llegar a un acuerdo con Maximiliano sobre la base de que éste le reconociera tales derechos a cambio de otras concesiones, principalmente económicas, que estaba dispuesto a realizar.

En estas condiciones, puestos en orden los asuntos de Nápoles, emprendió el Rey Católico el regreso a Castilla el 4 de junio de 1507. Se había tratado por sus embajadores en Roma de concertar una entrevista entre él y el Papa Julio II, que, habiendo aceptado dicha propuesta, pasó a Ostia con el propósito de verse allí con el Rey. Pero al mismo tiempo se negaba a aceptar las proposiciones que acerca de los asuntos pendientes le hacía el Rey Católico, por lo cual éste, no considerando ya oportuna aquella entrevista, pasó de largo sin detenerse en Ostia.

Llegada de Fernando el Católico a Savona.—Al mismo tiempo que se preparaban las vistas de Fernando V y el Papa por medio de las negociaciones dichas, proponía el Rey a Luis XII otra entrevista entre ambos con ocasión de su regreso a Castilla. Terminadas en abril de 1507 las revueltas de Génova, envió Fernando V a Jaime de Albión, su embajador cerca de Luis XII, que expresara a éste su alegría por aquel resultado de su venida a Italia, manifestándole al propio tiempo su deseo de que ambos se viesen para tratar de los asuntos pendientes. Se encontraba en aquella ocasión el Rey de Francia en una situación poco favorable, porque mientras de Alemania le llegaban noticias de que en la Dieta de Constanza Maximiliano excitaba a los electores con palabras de cólera contra él, a fin de que le dieran los medios necesarios para hacerle la guerra, el Papa, por su parte, le manifestaba igualmente su enemistad, siendo público, como hemos dicho, que había no sólo dado ánimos, sino hasta ayudado a

la revuelta de los genoveses. Para vengarse de ello intentaba Luis XII favorecer a Juan y a Alejandro Bentivoglio que en aquellos momentos se esforzaban por recuperar a Bolonia. El Rey de España, continuando en sus propósitos de que desaparecieran las diferencias entre Luis XII y el Papa, por medio de su Embajador hizo presente al Rey de Francia que él no podía creer aquellos rumores, habiendo visto todo el mundo que Bolonia se había recuperado precisamente gracias a la ayuda que él había prestado a Julio II, realizando con esto una obra meritoria. Contra lo que decían aquellos rumores, él le rogaba que ayudara a la Santa Sede a conservar aquella ciudad haciendo público que se oponía a los intentos de los Bentivoglio. No dejaron de tener resultado aquellas negociaciones, pues, como veremos más adelante, negó rotundamente Luis XII haber prestado ayuda a los Bentivoglio, existiendo además el hecho de que mandó detener durante un cierto tiempo a Juan en el Castillo de Milán para cortar aquellos manejos.

Con referencia las vistas, las aceptó el Rey de Francia, deteniéndose en Milán por esta razón durante algún tiempo en espera de que el Rey Católico emprendiese su viaje de regreso a Castilla. Si bien la venida del Rey de Francia a Génova al frente de un poderoso ejército había dado lugar a suponer que tenía vastos proyectos, siendo lo más probable que pensara en ocuparse de la guerra contra los venecianos, como había sido ya tratado entre él y Julio II, y de castigar la ayuda que la República de Pisa había dado a la rebelión de Génova, lo cierto es que ahora, ante la hostilidad del Papa y de Maximiliano y los consejos de prudencia y aplazamiento que le daba Fernando el Católico, había resuelto licenciar su ejército y volverse a Francia, esperando tan sólo a que aquella entrevista tuviera lugar. Para la realización de las vistas existía el inconveniente de que éstas habrían de tener lugar en territorio de la República de Génova que estaba en poder del Rey de Francia, por cuya razón Fernando V

debía ir a ponerse en manos del que hasta entonces había sido su más grande adversario. Cuéntase que con esta ocasión el Gran Capitán dijo al Rey que Luis XII no se atrevería a intentar nada contra él, pues le tenía más miedo de lo que él mismo pensaba; y, por otra parte, si Fernando V quería pasar a España atravesando Francia, él estaba dispuesto a abrirle paso.

Después de haberse detenido en Génova, adonde había salido a recibirle Gastón de Foix, el 28 de junio llegó, finalmente, el Rey Católico, acompañado del Gran Capitán, a Savona, donde le estaba esperando el Rey de Francia para aquella entrevista, que tuvo lugar en tales términos de cordialidad y con tales demostraciones de amistad y confianza entre ambos soberanos, que “la memoria de los hombres no recordaba hubiera habido otras (vistas) semejantes en ninguna ocasión” (1). Tanto los historiadores franceses (2) como los españoles dedican largos párrafos a hablar de los extremos, cortesías y amabilidades de que se hicieron objeto mutuamente los dos reyes con aquella ocasión. Cuenta Gonzalo de Ayora (3) que los españoles temían la situación en que se iba a encontrar el Rey al ponerse en manos de Luis XII, “pero temían aún más que los habían de ganar en pompa y aparato”, porque, yendo ellos de viaje y en naves de carga, no podían competir con los franceses que estaban en su propia casa y preparados para desplegar el mayor lujo en aquella entrevista. Apenas apareció la escuadra española tremolando la bandera roja y gualda del Rey de Aragón, sonó gran estrépito de trompetería con que los franceses anunciaban su alegría por la llegada de los españoles. El Rey de Francia se hizo conducir hasta la playa, subiendo luego a la nave en que venía el Rey Católico. Al encon-

(1) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, libro VII, cap. III.

(2) Especialmente d'AUTON, *Chroniques de Louis XII*.

(3) Relato publicado por FERNÁNDEZ-DURO en las *Noticias de la vida y obras de Gonzalo de Ayora*. BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, tomo XIII, 1890.

trarse los dos Reyes, Luis XII hincó su rodilla en tierra al mismo tiempo que se descubría, cosas que hizo también el Rey de España, abrazándose ambos con gran cordialidad. Añade Ayora que Luis XII contemplaba al Rey con gran afecto, como a ser sobrenatural.

De entre los que iban con el Rey llamó especialmente la atención de todos el Gran Capitán por su elevada estatura y sus ricos vestidos de púrpura, oro y piedras preciosas, y especialmente por el brillo de su fama y por sus grandes éxitos militares. El Rey le presentó a Luis XII, y entonces Gonzalo se hincó de rodillas tratando de besarle la mano: Luis XII no lo consintió, abrazándole con afecto y reteniéndole largo tiempo entre sus brazos sin quererlo soltar. El Rey de Francia cedió el paso a Fernando V, dándole precedencia, contra la costumbre que requería, que cada soberano la conservara en sus dominios, y conduciéndole al castillo, cuyas llaves, así como las de la ciudad, le entregó, devolviéndoselas el Rey con frases amables. Se alojó Fernando V en la fortaleza por especial deseo de Luis XII, que la desalojó a este efecto y que insistió también en acompañar al Gran Capitán hasta el lugar que le estaba señalado para alojamiento. Por su parte, el Rey Católico hizo objeto de toda clase de atenciones al señor de Aubigny (1), que formaba parte del séquito del Rey de Francia, como al general que más se había destacado de entre sus adversarios en la guerra de Nápoles, yendo a visitarle en su alojamiento por hallarse enfermo. Al día siguiente, 29 de junio, festividad de San Pedro, pasaron los Reyes a oír misa, empeñándose nuevamente

(1) Berold Stuart, señor de Aubigny, escocés de origen, era (junto con el milanés Juan Jacobo Trivulcio) el principal general del ejército francés. Por sus méritos contraídos en la primera guerra de Nápoles, Carlos VIII le hizo conde de Acri y marqués de Esquilache. Luis XII le hizo Gran Condestable de Nápoles —cargo que luego ocupó el Gran Capitán— y su Lugarteniente general en el ejército francés. Aquellos títulos los perdió al conquistar España dicho Reino, muriendo d'Aubigny en 1507, poco después de las vistas de Savona.

Luis XII en que Fernando V ocupara el único sitio que se había colocado junto al altar, porfiando en ello los dos soberanos durante largo rato para dar muestras de su mutua deferencia, hasta que, finalmente, se colocaron dos sitios. Al día siguiente cenaron juntos los dos Reyes acompañados de doña Germana y disponiendo Luis XII que les acompañara a la mesa el Gran Capitán para honrarle de tan excepcional manera, colocándole a la par de tres soberanos. El Gran Capitán se inclinó haciendo a Luis XII una reverencia hasta el suelo y manifestando que aquella era una merced tan grande, que él no la merecía; pero, al fin, ante la insistencia del Rey de Francia, hubo de aceptar por haber pedido aquél a Fernando V que se lo mandara.

Todas estas ceremonias y cortesías tenían una significación especial, por cuanto que representaban el deseo del Rey Católico y de Luis XII de expresarse mutuamente su amistad, basada ahora en el parentesco que se había creado entre ellos por el matrimonio con doña Germana de Foix. Aquella amistad que se procuraba subrayar en cada gesto, haciéndola pública, insistente y hábilmente por ambos Reyes, al trascender al terreno político daba lugar a que todos comprendieran que la alianza entre España y Francia era tan íntima y su penetración tan absoluta, que sólo ella justificaba aquel hecho, entonces extraordinario, por virtud del cual Fernando el Católico se hubo de poner completamente desarmado en manos del que había sido su más encarnizado adversario, el Rey de Francia. Pero si ambos reyes se esforzaron así por dar a aquella entrevista todas las apariencias exteriores capaces de reforzar la idea de la estrecha confederación entre las dos naciones, no podía limitarse a esto su labor. Todos los historiadores convienen en que las conversaciones sostenidas por los Reyes debieron tener una extraordinaria importancia, por cuanto que se comprometieron a mantenerlas en el más riguroso secreto.

Había llegado para intervenir en aquellas conversaciones como Legado del Papa el cardenal Antonio Pa-

Ilavicino, titular de Santa Práxedes que, lo mismo que Julio II, era genovés de naturaleza. Se limita el informe que de aquel viaje suyo se conserva, a indicar que en determinadas ocasiones entró el Cardenal en la Cámara regia tomando parte en las conversaciones que en ella tuvieron lugar. A las conversaciones asistió igualmente el cardenal d'Amboise como favorito y primer ministro del Rey de Francia. Están conformes los historiadores en considerar que tan rigurosamente se guardó el secreto de lo allí tratado, que hasta hoy no ha podido ser penetrado, ignorándose, en realidad, cuál fué el asunto de las conversaciones y a qué resultado condujeron. Se apuntan, sí, aquí y allá por unos y otros escritores datos sueltos, deducidos más bien de suposiciones relacionadas con los hechos que posteriormente tuvieron lugar. Algunos como FILIPPI aseguran que se llegó entre el Rey de España y el Rey de Francia a la conclusión de un verdadero tratado (1); otros, como R. de MAULDE, se inclinan a creer que, pues el secreto ha permanecido tan absolutamente velado, hay que entender que, en realidad, no pasó nada, limitándose las conversaciones a tratar superficialmente algunos puntos, pero sin llegarse a conclusión alguna sustantiva (2).

La clave del secreto estaba, sin embargo, al alcance de la mano en los Archives Nationales de Paris, donde se conserva un documento titulado "Parecer que se dió al Rey nuestro señor quando yva a las vistas de francia". Este documento, a pesar de hallarse en Archivo tan explorado y conocido como el de París, ha pasado inadvertido hasta ahora a los historiadores, porque, por un error del archivero que le clasificó, figura como correspondiente al año 1513 ó 1514, suponiéndose que se refería al proyecto de matrimonio que por aquellas fechas se trataba entre la princesa Renée de Fran-

(1) G. FILIPPI, *Il convegno de Savona*.

(2) R. DE MAULDE, *L'entrevue de Savonne*, "Revue d'histoire diplomatique", 1890.

cia y el infante don Fernando (1). Pero en posesión de los antecedentes que hemos ido exponiendo en el curso de nuestro relato y especialmente de aquellos que se refieren a las negociaciones que en 1507 tuvieron lugar entre España y Francia, no cabe la menor duda de que este documento era el borrador del memorándum que había de llevar Fernando V a las vistas de Savona para tener bien presentes en su memoria los puntos que allí habían de ser tratados. A presencia de este documento, que publicamos en el Apéndice, podemos considerar como completamente descifrado el enigma.

Conociendo la forma en que el Rey Católico había constituido su Consejo por hombres modestos formados por él, educados en su escuela y a su manera, a los que había ido lentamente ascendiendo en categoría y autoridad hasta situarlos en aquellos puestos, no puede dudarse de que el parecer de los del Consejo coincidiera en líneas generales con el de Fernando V. El estudio de los documentos originales relativos a las negociaciones diplomáticas y a la política internacional de la época de los Reyes Católicos nos deja ver, en efecto, que aquellos informes emanados del Consejo no eran otra cosa que borradores en los que se reflejaban las conversaciones que los Consejeros habían tenido con el Rey acerca del particular y que ellos quedaban encargados de reproducir en forma escrita. Por otra parte, el perfecto enlace que existe entre los puntos contenidos en

(1) Forma este documento parte del gran número de ellos existentes en los Archives Nationales de París, que fueron sustraídos por las tropas napoleónicas a los Archivos de Simancas. Esto explica que el archivero francés que clasificó dichos documentos muy a la ligera e incurriendo en continuas equivocaciones, que se advierten en muchos de los que constituyen esta colección, pudiera caer en el craso error que se indica, puesto que una simple lectura un poco atenta del documento demuestra que su clasificación es totalmente falsa, ya que sólo en las dos primeras líneas se habla de un casamiento, pasando luego a tratarse de otros temas completamente ajenos a los sucesos de los años 1513 y 1514.

el documento a que nos referimos y las negociaciones que se habían sostenido anteriormente por el Rey Católico (y de las que hemos venido dando cuenta) nos quita toda duda a este respecto, demostrándonos que el “parecer que se dió al Rey...” refleja el pensamiento de Fernando V en los momentos en que iba a entrevistarse con Luis XII en Savona.

Propósito del Rey al ir a las vistas.—Empieza el “parecer que se dió al Rey...” tratando de la forma en que se podría llegar a un arreglo entre Maximiliano I y el Rey de Francia. A este propósito conviene recordar que en las negociaciones que habían tenido lugar en Nápoles entre el Rey Católico por una parte y el Preboste Lucas de Reynaldis y Cristóbal Rauber, obispo de Lubiana, como embajadores del Rey de Romanos por la otra, había expuesto Fernando V la necesidad de que su consuegro llegara a un arreglo con el Rey de Francia, en el que estaba dispuesto a entrar él también, siendo además conveniente que quedara incluido en el mismo el Papa. A esta proposición que constituía la posición central del Rey de España en aquel momento en sus negociaciones con Maximiliano, puesto que nada le interesaba más que atraer a éste sacándole de la situación de enemistad en que se había colocado voluntariamente contra él y contra Luis XII, contestaron los embajadores alemanes manifestando que se podrían someter las diferencias existentes con el Rey de Francia al arbitraje del Papa y del Rey Católico con un plazo de ocho años para que se solucionase el asunto. Se recogía ahora en el “Parecer que se dió al Rey...” esta contestación del preboste Reynaldis y del obispo de Lubiana, diciendo que, en vista de que el Rey de Romanos se había empeñado en reclamar al Rey de Francia que cumpliera lo convenido en Blois en 1504, y luego en los acuerdos de Hagenau acerca del matrimonio entre el príncipe don Carlos y la princesa Claudia, no parecía posible, por las dificultades que presentaba esta negociación, aspirar, desde luego, a un tratado de paz

entre Alemania y Francia. En vista de esto, era conveniente recoger la idea de que las diferencias se sometieran a arbitraje en un plazo que aquí se dice que podría ser de diez años, so capa de realizar entre tanto la guerra contra los infieles.

Como la posición de Maximiliano en lo relativo al casamiento de la princesa Claudia con don Carlos era incommovible, no renunciando a aquella idea a pesar de los muchos esfuerzos que se habían hecho para disuadirle de ella, había que empezar por una tregua o paz temporal. Durante ella habría de realizarse una empresa que había que mantener hasta tal punto secreta, que en el "Parecer que se dió al Rey..." se alude a este asunto con palabras veladas en la forma siguiente: "que en este medio se entendiese en lo de aquéllos". Tal frase no puede ser para nosotros un misterio, sabiendo, como sabemos, que el Rey Católico tenía todo el empeño posible en mantenerse en buenas relaciones con Venecia, por lo menos hasta tanto que quedara instalado firmemente en el trono de Castilla, pero al mismo tiempo dándose cuenta de los vivos deseos del Rey de Francia y del Papa, así como también de Maximiliano, de hacer la guerra a aquella Señoría, proyectaba la alianza de todos para que la empresa se hiciera conjuntamente y con facilidad. Esta era la combinación que tenía que permanecer en absoluto secreto para poder tener éxito. Era necesario que antes de que nadie se precipitara a atacar a los venecianos se hubiera hecho la alianza de todos, y era también indispensable para las miras del Rey Católico que hasta que aquella alianza se hubiera concluído y firmado, nadie pudiera tener de ella la menor sospecha, pues de otro modo hubiera perdido él su amistad con Venecia.

Ahora bien, también el llegar a una tregua entre Maximiliano y Luis XII era cosa difícil de conseguir en aquellos momentos. En efecto, en la Dieta de Constanza había tratado el Rey de Romanos de excitar el ánimo de los representantes del Imperio contra Fran-

cia en la forma que se ha explicado, a fin de obtener los socorros de hombres y dinero que necesitaba. Por su parte, el Rey de Francia, no pudiendo ver sin inquietud el discurso de los asuntos en la Dieta de Constanza, se preparaba para ayudar al Duque de Gueldres, que de nuevo acudía a las armas en los Países Bajos, para impedir así que el Rey de Romanos pudiera llevar adelante sus planes. Aquel ambiente de guerra por ambos lados hacía extraordinariamente difíciles las gestiones pacificadoras de Fernando el Católico. Por eso, en el "Parecer que se dió al Rey...", se propone que para llegar a la tregua definitiva entre Francia y Alemania se empiece por convenir en la entrevista de Savona un aplazamiento de todo acto guerrero durante seis meses, plazo que se aprovecharía para adelantar aquellas negociaciones. Se afirma en dicho documento que esta propuesta había sido hecha a los embajadores del Rey de Romanos, probablemente en Nápoles, los cuales la habían aceptado y firmado con la condición de que Maximiliano I había de ratificarla dentro de quince días después que le fuera notificada. Ahora debían los reyes de España y Francia firmar, por su parte, aquella escritura y enviarla ellos mismos al Rey de Romanos para su ratificación, a fin de poder entrar así en las negociaciones de concordia.

Podía ocurrir que Maximiliano ratificara o no aquella escritura de seis meses de sobreseimiento de toda actitud guerrera. En el caso de que la ratificara, convenía ocuparse inmediatamente de la forma en que la concordia había de tratarse, bien enviando embajadores todos a Alemania, o bien siendo el Rey de Romanos quien los enviara ya al Rey de Francia, ya al Rey de España, o, finalmente, haciendo que el cardenal Bernardino de Carvajal (1) fuera como Legado del Papa a entrevistarse con Maximiliano para tratar del asunto. De todos modos, una vez que se hubiera elegido el

(1) En el documento en cuestión se le designa por su título de cardenal de Santa Cruz.

lugar en que habían de realizarse las negociaciones, todos, o sea el Papa, el Rey de Romanos, el Rey de Francia y el de España debían tener allí sus representantes con poderes suficientes para concluir el acuerdo de unión contra los venecianos “por quitar los estados de Italia en el peligro que podrían estar en lo por venir”. En el caso de que el Rey de Romanos no ratificara la escritura de los seis meses de sobreseimiento, habría que estar atentos para ver si él mismo apuntaba algún otro camino por el cual pudiera llegarse a la concordia, y caso de que así fuera, convendría tratar a fondo dicha solución. Pero si ni aun esto se obtenía y Maximiliano I no sólo se negaba a ratificar la escritura de los seis meses de sobreseimiento, sino que además cerraba todo camino a la negociación, entonces el Rey Católico y el Rey de Francia debían comprometerse a permanecer estrechamente unidos para la defensa de sus intereses.

Se preveía en el “Parecer que se dió al Rey...” cuál debía ser la actitud de España y Francia en el caso de que se cerraran todos los caminos a las negociaciones de concordia con Maximiliano. Debía el Rey de Francia en tal eventualidad emplear todos los medios posibles para ganar las voluntades de los señores de Flandes a fin de que opusieran resistencia a la voluntad del Rey de Romanos. Asimismo habría de trabajar para ganar a los señores de Alemania inclinándolos en lo posible a su favor para crear obstáculos a Maximiliano dentro de su propio Estado. Finalmente, convendría que Francia ayudara al Duque de Guel-dres, pero con la discreción necesaria, a fin de que por hacerlo no perdiera la amistad de los señores de Flandes.

En el documento que venimos comentando se coloca en primer término y como el asunto que debía ser el más importante de la entrevista de Savona, el relativo a la manera de atraer a Maximiliano a la amistad con Francia y con España. Todo parece subordinarse a eso, haciendo de aquella negociación el eje y la clave de toda

la red de negociaciones que habían de quedar planeadas en aquella entrevista. Expuestas las relativas a la posible concordia con Maximiliano en la forma que se ha indicado, se pasa en el "Parecer que se dió al Rey..." a tratar del segundo punto que sigue en importancia al anterior, y es el relativo a la conducta con el Papa. Se empieza indicando la necesidad de hacer todo lo posible para conservar su amistad con el Rey de Francia, quitándole de la cabeza las sospechas que tenía de que Luis XII pensaba arrebatarle la tiara. Se indica que si esto no se hiciera podía ocurrir que Julio II, temeroso de aquellos planes, fuera a aliarse con el Rey de Romanos y los venecianos, creándose así una confederación opuesta a la alianza entre Francia y España. Para ganarse a Julio II lo que más convendría sería que el Rey de Romanos aceptase las proposiciones de concordia para que se pudiera preparar así la empresa contra los venecianos, pues entonces se tendría seguro al Papa, que no deseaba cosa alguna tan arduamente como el que aquella guerra se iniciara.

A los ojos de Fernando V debía aparecer Julio II como hombre relativamente fácil de manejar por su carácter violento más propicio a dejarse llevar por ciegos impulsos que por la serena reflexión, y así se trataba ahora de sacar partido en los conversaciones de Savona de aquella idea fija existente en la mente del Papa de arrebatar a los venecianos las tierras que les disputaban los Estados Pontificios. Al efecto se indica en el "Parecer que se dió al Rey...", que si Maximiliano I no aceptara la escritura de seis meses de sobreseimiento de todo acto guerrero o si, aceptándola, no entrara francamente en las propuestas de concordia para atacar a Venecia, sería conveniente que Francia y España se aliaran con los venecianos a fin de impedir que fuera el Rey de Romanos quien se aliara con ellos. Ahora bien, no era fácil decidir a la Señoría a esta alianza, como lo demostraban los infructuosos esfuerzos que desde tiempo atrás venía realizando a este respecto Fernando V. Era, por tanto, necesario obligarles, en

cierto modo, realizando sobre ellos tal presión que no tuvieran más remedio que venir a confederarse con España y Francia. Y para esto se propone en el "Parecer que se dió al Rey..." que se utilizara la ciega enemistad que hacia Venecia sentía el Papa, avivando ésta de tal suerte que viniera a constituir una preocupación seria para la Señoría. Se propone en el citado documento que las dos cosas se realicen simultáneamente, avivando por una parte la enemistad del Papa y su deseo de apoderarse de aquellos territorios y negociándose al mismo tiempo por otra parte con los venecianos para darles lugar a que vinieran a la alianza deseada.

Se prevé también en el "Parecer que se dió al Rey..." la eventualidad de que el Rey de Francia insistiera en sus deseos de que se hiciera Papa al cardenal d'Amboise (1), bien en el caso de Sede vacante o quizás, como se decía, destituyendo a Julio II. Esta parte del documento, escrita con grandísima cautela, como todas las frases que en él se contienen, parece haberse estudiado con más atención que las restantes, de suerte que aun anunciándose los vivos deseos del Rey Católico de favorecer en esto al cardenal d'Amboise y acceder a los propósitos de Luis XII, se evita cuidadosamente todo lo que pudiera interpretarse como una aceptación del intento de destituir a Julio II. Debía decir Fernando V a Luis XII que él contaba con los votos de los cardenales Luis de Borja, Remolins, Serra, Francisco de Borja y Milá (2), creyendo que también dispondría de otros votos; pero este hecho era necesario mantenerlo en el más riguroso secreto "debaxo de tierra", para que el Papa no se diera cuenta de que aquel asunto se había tratado, existiendo entre ambos reyes el acuerdo de favorecer al cardenal d'Amboise. Hasta tal punto entendía Fernando V que aquel secreto era indispensable, que ni siquiera a los propios cardenales, con quie-

(1) Se le designa por su título de cardenal de Rouen.

(2) También se les designa, no por sus nombres, sino por sus títulos respectivos.

nes contaba, lo había comunicado, reservándose el nombre de la persona que en su día habría de proponerles como candidato. Por no haber seguido el Rey de Francia una conducta semejante, dejando que trascendiera por su parte algo de lo que se trataba, según se indica en aquel documento, había causado graves daños, pues, como se ha visto, había sido una de las causas de la enemistad del Papa contra él.

Aun en el caso en que Luis XII no iniciara la conversación respecto a aquel punto, convenía que Fernando V hablara al cardenal d'Amboise acerca de ello, manifestándole que su Virrey en Nápoles y su embajador en Roma, Jerónimo de Vich, tenían orden de que cuando llegara la ocasión hicieran por él todo lo que el Rey Católico hubiera hecho de hallarse en Nápoles. Por esta razón había que creer que si se guardaba el secreto necesario tenía el cardenal d'Amboise segura la tiara. Fernando V había de decirle que ésta era una de las cosas que más deseaba en el mundo por lo necesitada que estaba la Iglesia de un buen Papa y porque así esperaba que se podrían reformar las costumbres eclesiásticas como era indispensable. Debía añadir el Rey que para el caso en que fuera d'Amboise elegido Papa, debía comprometerse con él a dos cosas, a saber: la primera, que la amistad entre ambos sería firme e inquebrantable, y, la segunda, que había de darle toda su ayuda para llevar a cabo la guerra contra los infieles.

Como vemos, no hay una sola palabras en el texto del "Parecer que se dió al Rey..." que autorice a pensar que Fernando V pensaba en apoyar la idea de deponer a Julio II de su dignidad papal para sustituirle por otro Papa con más espíritu religioso o menos empeñado en promover guerras entre los príncipes cristianos, conquistar territorios a unos, disputarse sin motivo con otros, hacer que se revolucionaran los súbditos del de más allá, etc. Pero si alguien pensara que tal pensamiento pudo caber en el espíritu de Fernando V, aun cuando no se refleje en el documento que venimos comentando, habrá de tenerse en cuenta que en este es-

crito se especifican minuciosamente y con gran detalle las negociaciones y esfuerzos que habría que realizar para atraer a Maximiliano a sentimientos de amistad para con Francia, asunto que el Rey consideraba en aquel momento el más importante de su política internacional. Ahora bien, si por un solo instante hubiera pensado en contribuir a que se depusiera a Julio II de su dignidad papal, es evidente que este asunto hubiera adquirido una importancia capital, mucho mayor que la de todas las demás cuestiones pendientes en aquel momento. Y, por tanto, no podría dejar de aludirse a las diferentes complicaciones que aquel hecho podría traer, a las medidas que habría que tomar para prevenirlas, a las disposiciones necesarias para llevar a cabo aquel supuesto intento, etc. Lejos de tratarse de estos temas en el "Parecer que se dió al Rey...", se alude en él continuamente al Papa y a la forma en que habría que conducirse con él, así como a la ayuda que él podría prestar en lo futuro, tanto en el asunto de la guerra que se pensaba emprender contra los venecianos como en el relativo a traer a Maximiliano a la amistad con Francia. Es, pues, evidente que las palabras que a este respecto había de decir Fernando V a Luis XII y al cardenal d'Amboise, se referían exclusivamente al caso en que, por muerte de Julio II, hubiera de reunirse el Conclave para elegir un nuevo Papa.

Otra cuestión que había de tratarse en las vistas de Savona, según este documento, es la relativa a la vuelta de Fernando V para adueñarse del Gobierno de Castilla. Era evidente que el Rey de Francia tenía interés en que esto se realizara cuanto antes, aliado como estaba con el Rey de Aragón y a fin de evitar que Maximiliano tuviera probabilidades de ser el Gobernador de Castilla, cosa la más contraria a los intereses de Francia. Existiendo, pues, en Luis XII este deseo de que Fernando V fuera Gobernador de Castilla, habría de exponérsele en Savona que aquel intento resultaba difícil, si bien la presencia en España del Rey Católico allanaría muchos obstáculos. De esta manera, presen-

tándose el propósito como dificultoso, se excitaría el celo de Luis XII para ayudar al Rey Católico, y así en el documento que estudiamos se prevé que éste había de ofrecer su ayuda para que Fernando V se instalara en el trono de Castilla. En este caso, después de agradecerle su ofrecimiento, habría que indicarle que la mejor ayuda que podría prestar consistiría en ganar partidarios en Alemania para estorbar la libertad de movimientos del Rey de Romanos a fin de que no pudiera hacer una oposición seria, viéndose obligado a resolver sus asuntos y sin tener lugar para intervenir en los ajenos. Para mejor persuadir a Luis XII de esto convenía apuntarle que en ello tenía él gran interés, pues para sus propios asuntos le convenía que Maximiliano tuviera aquellas dificultades dentro del Imperio.

Según en su lugar hemos relatado, el señor de Guisa, embajador del Rey de Francia, había tratado de conseguir en Nápoles la aprobación de Fernando V a la idea de que Gastón de Foix, hermano de la Reina doña Germana, se apoderara del Reino de Navarra. Había ido aplazando hasta entonces el Rey la resolución de aquel asunto, y era de prever que ahora, en la entrevista de Savona, se había de plantear por Luis XII con toda amplitud, dado el empeño que tenía en favorecer a aquel sobrino suyo tan querido. En realidad, dicho propósito tenía que ser desagradable al Rey Católico, que prefería tener por vecinos en Navarra a don Juan y doña Catalina, reyes poco poderosos, en lugar de ver instalado en aquel trono al sobrino del Rey de Francia que, con el apoyo de éste, podría convertirse en algún momento en vecino molesto y aun temible. Hallábase Navarra dividida entre dos influencias que actuaban en ella, la francesa y la española; y si bien don Juan de Albret y su esposa doña Catalina eran, por su inclinación, francamente afrancesados, habían de serlo necesariamente mucho menos que Gastón de Foix, cuya entronización en el Reino de Navarra supondría el que este país cayera ya de lleno dentro de la influencia francesa. Y así no tenía ninguna probabilidad de

éxito la proposición hecha a este respecto por Luis XII, “como si don Fernando hubiera de gastar hombres y dineros para hacer otro Rey de Navarra menos dependiente de Castilla y Aragón que el presente” (1).

Por esto en el memorial a que nos venimos refiriendo se advierte que acerca de lo de Navarra habría que responder con buenas palabras, manifestando que para hacer aquella empresa que proponía Luis XII convenía encontrar un motivo que la justificara, alegando razones que satisficieran la conciencia de los dos reyes y que bastaran a convencer al público en general de la justicia que les asistía al desposeer del trono de Navarra a don Juan y doña Catalina: “deuen justificar el negocio con Dios primeramente y después para con los hombres”. Y tras de haber hallado estas justificaciones se podría pensar en la manera de llevar a la práctica aquellos propósitos, pero siempre después que se hubieran puesto en orden los asuntos de Castilla, instalado ya en ella don Fernando. Así, en Savona lo mismo que antes en Nápoles, se tomaba pie de los vivos deseos del Rey de Francia de favorecer a Gastón de Foix para asegurarse más de su apoyo, a fin de que Fernando V pudiera adueñarse de la gobernación de Castilla.

Convenía también explicar en Savona los asuntos relacionados con el Condestable de Navarra, conde de Lerín, exponiendo que la persecución de que era objeto por parte de los Reyes de Navarra, no sólo no causaba daño alguno a los intereses del Rey Católico, sino que, por el contrario, todo ello redundaba en perjuicio de su gran adversario el Duque de Nájera. Debía añadirse que si el Conde se había visto reducido a tal extremo, había contribuído a ello el que, en ausencia del Rey Católico, el condestable de Castilla, don Bernardino Fernández de Velasco, por su declarada enemistad con el Duque de Nájera, había ayudado a los Reyes de Navarra en aquella empresa. Pero, una vez regresado el

(1) ABARCA, *Anales Históricos de los Reyes de Aragón*, tomo II, cap. XVII de la historia de Fernando el Católico.

Rey Católico a Castilla todo aquello podía remediarse fácilmente. Porque, o bien se llevaban a cabo los planes de Luis XII, relativos a instalar en el trono de Navarra a Gastón de Foix, y entonces no habría dificultad en devolver al Conde de Lerín lo que era suyo, o bien, si aquellos propósitos se aplazaban, el Rey encontraría manera de que las tierras del Conde de Lerín se devolvieran, no a éste, pues contra su persona iban dirigidos los odios de los Reyes de Navarra, pero sí a su hijo don Luis de Beamonte, como se había tratado antes por Lope de Conchillos.

A continuación en el “Parecer que se dió al Rey...” se incluye una sola línea que dice simplemente “Lo del casamiento de Fox”. Se ve por esta frase que se preveía por los Consejeros del Rey Católico que en Savona habría de tratarse del proyecto de matrimonio entre Gastón de Foix, sea con doña Catalina, como se pensó en algún momento, o bien con la propia reina doña Juana. En efecto, el embajador Courteville, que había representado en la Corte de Francia a Felipe el Hermoso y que se encontraba todavía en Francia, había hecho saber en una carta suya que existía el propósito, por parte del Rey de Francia, de casar a doña Juana con Gastón de Foix. Por otra parte, los reyes de Navarra, don Juan y doña Catalina, afirmaban tener también conocimiento de aquellos intentos, siendo éste uno de los motivos que les habían inducido a destruir el poder que en Navarra tenía el Conde de Lerín para contrarrestar la influencia del Rey Católico en sus dominios. No tenemos datos para juzgar cuál fuera el pensamiento del Rey Católico a este respecto. Pero el hecho de que en el documento que vamos comentando se trate el asunto tan de pasada, sin dedicarle tan sólo una línea y apuntando únicamente el tema, nos induce a creer que el Rey Católico no daba importancia a esta cuestión ni la consideraba digna de retener su atención por largo tiempo. Si el matrimonio de Gastón de Foix con una de sus propias hijas hubiera entrado en los planes de Fernando V, no hubiera dejado de detallar aquel

asunto con la precisión y finura que acostumbraba, enlazándolo con el proyecto de Luis XII de hacer a su sobrino Rey de Navarra, precisando las derivaciones internacionales que pudiera tener aquel hecho, etc. Proyectándose y llevándose ya tan adelantadas las negociaciones para concluir el matrimonio entre doña Juana y el Rey de Inglaterra, no puede menos de advertirse que éste era un pretendiente mucho más importante que Gastón de Foix, por cuya razón, si el Rey Católico pensaba que su hija contrajera un segundo matrimonio, habría de inclinarse lógicamente por Enrique VII. En cuanto a casar a Gastón de Foix con doña Catalina no parece que esta idea hubiera podido entrar un solo momento en el cerebro del Rey Católico, a quien hemos visto esforzándose con tan extraordinario celo para que se concluyera su concertada boda con el Príncipe de Gales, el futuro Enrique VIII, esperando que de aquel hecho habrían de seguirse para España importantes consecuencias políticas en orden a su engrandecimiento apoyado en la alianza anglo-germano-española.

Finalmente, en el memorial de lo que había de tratarse en Savona se habla de los asuntos de Pisa y de Florencia. Estaba la Señoría de Florencia desde tiempo atrás en las mejores relaciones de amistad con el Rey de Francia, de la misma manera que la República de Pisa con el Rey de España. Los grandes esfuerzos que venían haciendo los florentinos para apoderarse de Pisa tropezaron durante mucho tiempo con el obstáculo de la alianza contraída por el Rey Católico y el Gran Capitán con los pisanos. Habían éstos enviado a principios del año 1505 sus Embajadores a entrevistarse en Nápoles con el Gran Capitán para pedirle que el Rey Católico les recibiera bajo su protección, explicándole los continuos ataques de que eran objeto por parte de los florentinos, que les hacían una guerra incesante, en la cual ellos con gran dificultad se podían defender, aun contando con la ayuda de la República de Génova, Siena y Lucca. Habiendo aceptado el Gran Capitán en nombre del Rey el tomarles bajo su protección, se con-

cluyó entre ellos una alianza, por virtud de la cual Pisa se comprometía a seguir en todas las ocasiones el partido del Rey Católico y éste, a su vez, había de defenderla contra sus enemigos: cosa que, efectivamente, realizó en distintas ocasiones y principalmente en el propio año de 1505 en que el capitán Nuño de Ocampo, con sus soldados, hubo de defender bravamente la ciudad de Pisa, obligando a los florentinos a levantar el cerco en que la tenían (1).

Fiel a su amistad para con la República de Pisa, le había, pues, ayudado el Rey Católico de la manera más eficaz y en repetidas ocasiones, hasta que, con motivo del levantamiento de los genoveses contra el Rey de Francia, había surgido la complicación de la ayuda que los pisanos prestaron a los rebeldes por hallarse aliados con Génova. Esto irritó a Luis XII hasta el punto de que, después de haber restaurado el orden en Génova, pensó pasar con su gente adelante para castigar la actitud de la República de Pisa, habiendo desistido de hacerlo ante las razones ya explicadas, que le movieron a deshacer su ejército y regresar a Francia para evitarse nuevas complicaciones con el Papa. También le indujo a ello el respeto a la amistad que el Rey Católico tenía a la ciudad de Pisa, que así nuevamente se beneficiaba de aquella alianza concluída con el Gran Capitán. En aquella ocasión el Rey Católico había tratado de apaciguar el ánimo de Luis XII, prometiéndole que para terminar con las continuas guerras entre Florencia y Pisa obtendría de los pisanos el que, voluntariamente, aceptasen el dominio de la Señoría de Florencia, proposición muy agradable al Rey de Francia, porque de esta manera esperaba obtener de los florentinos elevadas sumas de dinero a cambio de la ayuda que les prestaba (2).

Este era el estado de aquel asunto en los momentos en que iba a tener lugar la entrevista de Savona. El

(1) ZURITA, *Historia del rey don Hernando*, libro VI, capítulo IX.

(2) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, libro VII, cap. III.

Rey Católico hubiera deseado mantener la independencia de Pisa que tantos sacrificios de hombres y dinero le había costado en los últimos años, pero no podía desconocer las dificultades de conseguirlo, dada la tenacidad y obstinación con que Florencia se empeñaba en conquistar a aquella pequeña República. Por tanto, el mantener la independencia de ésta prometía acarrear a España gastos y dificultades considerables, razón por la cual se inclinaba el Rey Católico por aquella otra solución de que, obteniéndose condiciones satisfactorias para los pisanos, aceptaran éstos la soberanía de Florencia. Esta Señoría tenía en ello tanto empeño que había ofrecido al Rey Católico, si aquello se lograba, que se aliarían con él, pagándole además en ciertos plazos 120.000 ducados. Los esfuerzos del Rey Católico en Pisa fueron inútiles, negándose los pisanos a aceptar aquella proposición. Pero esta decisión no podía mantenerse durante mucho tiempo, porque, privada ahora Pisa de la ayuda que le solían dar anteriormente los genoveses y muy castigada por las continuas incursiones de las tropas florentinas, carecía en absoluto de recursos para una nueva guerra, no contando sino con la ayuda que pudiera prestarle el Rey Católico.

En el "Parecer que se dió al Rey..." se trata de sacar partido del empeño de los florentinos por apoderarse de Pisa, manifestando la conveniencia de hacer presente a Luis XII que si aquel deseo se mantenía vivo, podría contarse con que ayudarían en la guerra conjunta que se proyectaba contra Venecia, dándoles a cambio de ello la esperanza de satisfacer sus ambiciones. Convenía hacer presente que si desde luego se satisfacían las aspiraciones de Florencia dejándole que se apoderara de Pisa (cosa que se produciría irremediablemente en cuanto dejara de estar esta pequeña República bajo la protección del Rey Católico), ya no tendría la Señoría de Florencia empeño alguno en participar en la guerra contra Venecia. Debería convenirse, por tanto, en Savona que aquellas diferencias entre pisanos y florentinos se entregarían al arbitraje de los Reyes de

España y Francia, con lo cual éstos tomarían una decisión más adelante, según lo aconsejara el rumbo de los acontecimientos.

Lo que se negoció en Savona.—Hasta aquí las valiosas noticias que nos proporciona el “Parecer que se dió al Rey nuestro señor quando yva a las vistas de Francia”. Con estos datos podemos considerar ya como completamente desentrañado el secreto de las conversaciones de Savona. En efecto, recogiendo las afirmaciones esparcidas aquí y allá por los diferentes historiadores que se han ocupado de esta cuestión y relacionándolas con el documento de que acabamos de tratar, vemos que todos los asuntos contenidos en él fueron objeto de las conversaciones entre los Reyes de Francia y España, y en parte también de las que tuvieron lugar entre ellos y el Cardenal Pallavicino.

Trató el Rey Católico en Savona de mediar en las diferencias entre Maximiliano I y Luis XII, atrayendo al primero a un acuerdo con el segundo, a fin de poder realizar todos conjuntamente la proyectada empresa contra Venecia. En carta de 18 de agosto, escrita de propia mano de Maximiliano a su hija la princesa doña Margarita, gobernadora de los Países Bajos, le dice que el obispo Rauber y un enviado del Rey de Aragón le han dado cuenta de que en Savona se había tratado de una tregua entre él y el Rey de Francia. A este respecto Luis XII se mostraba dispuesto a facilitarle el paso para ir a Roma a coronarse, siempre que fuera por Venecia, Mantua o Saboya, sin entrar en Milán, ofreciéndole además tratar de que se arreglaran los asuntos del Duque de Gueldres de manera satisfactoria para Maximiliano I (1).

Por otra parte se ha publicado el texto de un documento firmado por Luis XII con fecha 30 de junio en Savona (2), que coincide singularmente con los prime-

(1) M. LE GLAY, *Correspondance de l'Empereur Maximilien I^{er} et de Marguerite d'Autriche*.

(2) Publicado por R. DE MAULDE en *L'entrevue de Savonne*, Revue d'histoire Diplomatique, 1890.

ros párrafos del “Parecer que se dió al Rey...”. Promete, en efecto, Luis XII no concluir durante seis meses liga alguna con ningún soberano fuera del Papa, el Rey de Romanos y Fernando V, comprometiéndose igualmente con juramento solemne a no intentar cosa alguna contra estos príncipes en el plazo indicado. Se ve, pues, por esta escritura, que los propósitos que llevaba el Rey Católico salieron triunfantes en cuanto a negociar una tregua entre Maximiliano y Luis XII, empezando por enviar al primero un documento suscrito por el segundo, comprometiéndose, durante seis meses, a no realizar acto alguno de guerra contra él. Como hemos dicho, este documento tenía la finalidad de permitir que en aquel espacio de tiempo, si Maximiliano aceptaba el firmar una escritura semejante, se tratase de iniciar las negociaciones conjuntas del Papa, Francia, Alemania y España para preparar la guerra contra Venecia. A este efecto, en el documento firmado por Luis XII el 30 de junio, al incluirse aquella cláusula por virtud de la cual el Rey de Francia se comprometía a no concluir acuerdo ni alianza alguna durante seis meses con ningún príncipe que no fueran los otros tres citados, se trataba a todas luces de evitar que en aquella negociación entraran los venecianos, puesto que contra ellos se dirigía la proyectada confederación. También se comprometía Luis XII en dicho documento a que todo esto permaneciera en el más riguroso secreto: lo cual era tanto más necesario cuanto que estaban en Savona en la Corte del Rey de Francia dos embajadores venecianos, Dominico Trevisano y Pablo Pissano, que, en efecto, nada sospecharon de lo que se trató allí (1). Y así debía ser, puesto que, como hemos visto, mientras Maximiliano no manifestara su aprobación a los proyectos apuntados era indispensable a Francia y España conservar la amistad de Venecia, que debía permanecer en la ignorancia de cuanto se trataba.

Había solicitado el Rey de Francia de Fernando V

(1) BEMBO, *Historia Veneciana*.

en repetidas ocasiones y también al tener lugar la entrevista de Savona, que le ayudara para emprender la guerra contra Venecia (1). Pero Fernando V supo oponer a los deseos del Rey de Francia las razones suficientes para convencerle de que aceptara su manera de ver el asunto, convenciéndole de que era indispensable primero sumar a aquella empresa a Maximiliano y al Papa. A este respecto la situación del Rey Católico era particular, pues aquellos tres soberanos, el de Francia, el Emperador y Julio II, cada uno por su lado le habían hablado de la guerra contra los venecianos. También ellos habían entendido la conveniencia de que la guerra se realizara conjuntamente, pero no advertían, como el Rey Católico, la necesidad de concentrar todos sus esfuerzos en la realización de aquella confederación, medida previa indispensable para llevar a cabo la empresa sin dificultad. Sólo el Rey Católico oponía a las impacencias de unos y otros la lógica reflexión de que antes de iniciarse la guerra había que jugar intensamente el arma diplomática, realizando una preparación previa de tal naturaleza que luego ya no hubiera dificultad alguna. Como se ve por la carta de Maximiliano a la princesa Margarita y por el juramento de Luis XII, el punto de vista del Rey fué el que se impuso en Savona en todos sus aspectos.

Para facilitar por su parte la reconciliación entre Maximiliano y Luis XII, hizo el Rey que su representante ante el Emperador, Juan Cossa, influyera en el ánimo de Maximiliano I con las razones adecuadas para ello. Después de comunicarle que, contra los rumores que habían llegado a sus oídos, la reina doña Germana no estaba embarazada, sin que se esperara por el momento de ella sucesión, expuso Juan Cossa que el Rey Católico tenía puestas sus esperanzas únicamente en la descendencia común de las Casas de Austria y suya, estando además decidido a portarse respecto a Maximiliano I como un hermano. También manifestó Juan Cos-

(1) FILIPPI, *Il convegno de Savona*.

sa que el Rey Católico no pensaba guardar rencor a los grandes de Castilla que habían seguido el partido de don Felipe, renunciando a vengarse de ellos (1).

Pero el Rey de Romanos no entró de manera franca en aquella negociación, sino que, engreído por el éxito obtenido en la Dieta de Constanza, donde los representantes del Imperio le prometían concederle los subsidios y tropas que él deseaba, pensó poder arrebatarse al Rey de Francia el Ducado de Milán, por lo cual, lejos de aceptar los propósitos conciliadores de Fernando V en Savona, empezó a hacer los preparativos necesarios para descender a Italia al frente de un poderoso ejército. Como se preveía en el "Parecer que se dió al Rey...", hizo Luis XII todo lo que pudo para ganar las voluntades de los señores alemanes a fin de crear dificultades internas dentro de sus Estados a Maximiliano I. Empezó por notificarles, conforme a lo convenido en Savona, sus deseos de llegar a un convenio de amistad con Maximiliano, por cuya razón y en vista de que el ejército francés había sido despedido, comenzaron aquellos señores a darse cuenta de que el Emperador había excitado sus ánimos con falsas noticias relativas a los propósitos del Rey de Francia.

Aquellas gestiones de Luis XII encontraron el terreno preparado en Alemania, puesto que, en general, era un antiguo deseo de aquel Imperio el que los emperadores no tuvieran en sus manos tanta autoridad que pudieran imponerse a los demás señores. Y así, al ver ahora que no existía para el Imperio el peligro que Maximiliano les había pintado, se advertía en la Dieta de Constanza menos interés por secundar sus planes. Los agentes del Rey de Francia, evitando el mostrarse en público, trataban en secreto con aquellos señores; esforzándose porque los que eran partidarios de Luis XII fueran atrayendo a su bando a los demás. A las buenas razones que exponían aquellos agentes, manifestando

(1) Carta de Maximiliano a su hija la Princesa Margarita, de 18 de agosto de 1507. LE GLAY, *obra citada*.

cómo Luis XII había demostrado sus verdaderas intenciones al despedir su ejército una vez sofocada la rebelión de Génova, hubieron de añadir dádivas en dinero para conseguir tener seguros a aquellos señores (1).

También reanudó el Rey de Francia sus relaciones con el Duque de Gueldres, preparándose a ayudarle con las armas para el logro de sus pretensiones, y el Duque, con esta ayuda, se decidió a seguir adelante en la guerra de los Países Bajos. Por tanto, en todo lo relativo a las cuestiones entre Francia y el Rey de Romanos se adoptó en las conversaciones de Savona la línea de conducta que había trazado Fernando V, según se ha visto en el "Parecer que se dió al Rey...". Esto queda, por otra parte, confirmado por la unanimidad con que todos los historiadores de la época aseguran que Fernando V medió entre Luis XII y el Rey de Romanos para conciliarles, utilizando a este fin los deseos comunes de ambos de hacer la guerra a Venecia. Según Gonzalo de Ayora, hubo quien aconsejó al Rey Católico que excitase la cólera de Luis XII contra Maximiliano en Savona en justa correspondencia a las dificultades que a él le suscitaba en Castilla el Emperador; pero el Rey por sí mismo en aquellas conversaciones y también por medio de su representante en Alemania, "llevado de su innata bondad, procuró componer con cuidado y diligencia las discordias entre el Rey de Romanos y el Rey de Francia y los demás potentados de Italia".

De manera análoga se cumplió el programa que el Rey había trazado en lo referente a las relaciones entre ambos Soberanos y el Papa. Cuenta Gonzalo de Ayora (2) que el Cardenal Pallavicino, legado de Su Santidad, exhortó a Luis XII y a Fernando V a que afianzaran la paz y concordia entre ellos para poder realizar la guerra contra los infieles. Contestó a esta propuesta el Rey de Francia manifestando que consideraba a la reina doña Germana como verdadera hija

(1) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, libro VII, cap. III.

(2) FERNÁNDEZ-DURO. Estudio citado.

suya y, por tanto, a Fernando V como su hermano mayor, "ya que sobrepujaba a todos los Reyes del mundo por su sabiduría y bondad"; añadiendo que, decidido a someterse a sus deseos, le cedía la palabra para que respondiera al Cardenal en nombre de ambos. Fernando V entonces contestó al Legado diciendo que él y el Rey de Francia no deseaban otra cosa que emplear su fuerza y sus riquezas en la empresa contra los infieles, siendo ésta una de las razones que les había llevado a entrevistarse en Savona; y, por tanto, se alegraban de admitirle en aquellas conversaciones a fin de que pudiera solicitar del Romano Pontífice el que prestase a ambos su auxilio y les apoyara en tan santa obra.

Como se ha visto, en el "Parecer que se dió al Rey..." se decía que convenía llegar a una tregua entre Francia y Alemania (ya que por el momento no parecía posible concertar la paz definitiva) para dar lugar a que en el plazo de diez años que aquélla había de durar se pudiera hacer la guerra contra los infieles. Esta frase tiene un valor puramente formulario puesto que estaba destinada a encubrir el propósito de unir a aquellos cuatro príncipes contra Venecia. De suerte que las palabras que nos transmite Ayora son un testimonio de que también accedió Luis XII a los propósitos que se apuntan en el "Parecer que se dió al Rey...", relativos a tratar de reconciliarle con el Papa, apartando de él toda sospecha y atrayéndole con el incentivo de su vehemente deseo de recuperar los territorios que tenían en su poder los venecianos (1). Y así vemos a Fer-

(1) El relato de GONZALO DE AYORA, relativo a la entrevista de Savona, incluye unos párrafos que pretende son el discurso textual pronunciado por Fernando V en aquella ocasión. Dada la propensión de los historiadores de aquella época, sobre todo cuando escribían en latín, a dejarse llevar a imitaciones de los historiadores clásicos, poniendo en los labios de sus personajes ampulosas arengas, no parece muy seguro que tales palabras puedan considerarse como textuales, aunque por haber vivido AYORA en la corte de Fernando V es muy probable que su relato sea exacto en cuanto a lo esencial.

nando V actuando en Savona con consumada destreza para mediar en las diferencias entre Maximiliano y Luis XII por una parte y éste y el Papa por otra.

En el "Itinerario" del viaje del cardenal Pallavicino a Savona se contienen algunos datos respecto a lo tratando entre éste y los dos reyes en aquella entrevista. En efecto, sin aludirse en ningún momento en el texto de dicho documento a las conversaciones mismas (1), se dice en qué ocasiones conversó el Cardenal con los reyes, y este dato es sumamente elocuente. Había ido primero el Cardenal a Milán donde conversó con el cardenal d'Amboise y con Luis XII repetidamente. Acerca de estas conversaciones hizo Pallavicino algunas confidencias a los embajadores de Florencia que estaban en Savona, los cuales, a su vez, las pusieron en conocimiento de aquella Señoría (2). Dijo el Cardenal que traía por misión el disculpar al Papa de las imputaciones de que se le hacía objeto, de haber incitado a Maximiliano a emprender su proyectado viaje a Italia. Acerca de este respecto consiguió Pallavicino justificar la conducta de Julio II. Además traía el encargo de solicitar que se le entregara a los Bentivoglio, pero Luis XII manifestó que Juan y Alejandro no habían intervenido en la reciente conspiración contra Bolonia, que había sido ejecutada en el mes de abril, no por ellos, sino bajo la dirección de Aníbal Bentivoglio, no pudiendo, por tanto, darlos al Papa por ser aquello contrario a su honor, pues se habían entregado enteramente a su generosidad y les había dado su palabra, por la cual ahora estaba atado. Conociendo la profunda enemistad que hacia los Bentivoglios tenía el Papa, no es extraño que insistiera el cardenal Pallavicino, haciéndole entonces presente Luis XII que él no había tenido nada que alegar cuando en Bolonia se había des-

(1) Véase PASTOR, *Historia de los Papas*, tomo III.

(2) Estos informes, remitidos desde Savona a Florencia el 4 de julio de 1507, se incluyen en *Atti e memorie della Società Storica Savonese*, volumen II.

truído completamente el palacio de aquéllos (1), y que de igual manera aceptaba que el Papa fulminase contra aquella familia las censuras y penas eclesiásticas que considerara oportunas como rebeldes a la Iglesia, reconociéndole además plena libertad para resolver los asuntos de Bolonia. También debía manifestar aquel Cardenal el deseo de Julio II de que Luis XII tratara con benevolencia a los genoveses, renunciando a mantener en Italia un ejército tan numeroso como el que había traído. A esto no era fácil que el Rey de Francia accediera, dadas las noticias que venían de Constanza de la gran indignación que contra él manifestaba Maximiliano, y, en efecto, al poco tiempo hubieron de reforzarse las guarniciones de Milán para resistir todo ataque eventual del Rey de Romanos.

Pero en el "Itinerario" del cardenal Pallavicino, donde con tanto detalle se enumeran las ocasiones en que habló con Luis XII y el cardenal d'Amboise antes de la entrevista de Savona, sólo una vez se dice que se entrevistara con los dos reyes conjuntamente en aquella ciudad. Esta conversación tuvo lugar el día 1.º de julio y duró por espacio de dos horas, hallándose presente también en ella el cardenal d'Amboise. Este dato es de suma importancia si le cotejamos con las ideas que se expresan en el "Parecer que se dió al Rey...". Por el texto de este documento advertimos que el principal resultado de la entrevista de Savona tenía que ser atraer a Maximiliano a un acuerdo con Luis XII, aplazando la resolución de las diferencias existentes entre ambos durante diez años, a fin de ocuparse, entre tanto, de la guerra contra Venecia. Esto no había inconveniente en que lo supiera el Legado del Papa. Pero había que prever el que Maximiliano no aceptase las proposiciones que se le hacían, negándose a aquella amistad con Luis XII, y en este caso habrían de aliarse los reyes

(1) Este palacio, que era uno de los más bellos de Italia, fué destruído en mayo de 1507 para castigar el intento de los Bentivoglio de recuperar a Bolonia.

de España y Francia con Venecia. Este punto debía permanecer ignorado por el Papa, pues para tal eventualidad se pensaba utilizarle a él, a fin de que, excitando su carácter impulsivo y su natural violencia, adoptara tales actitudes e hiciera manifestaciones de tal naturaleza que produjera serios temores a los venecianos. Así los venecianos, coaccionados por su miedo al Papa, entrarían fácilmente en una alianza con Francia y España, olvidando los recelos que abrigan contra Luis XII.

El 30 de junio debió quedar convenido esto entre Luis XII y Fernando V, puesto que aquel día se firmó el documento por el cual el Rey de Francia se comprometía, como hemos visto, a no realizar durante seis meses acto alguno contrario al Rey de Romanos. Sólo al día siguiente, 1.º de julio, cuando ya estuvo convenido el asunto entre los dos reyes y hubieron llegado éstos a una identidad de criterio por haber aceptado el de Francia íntegramente los puntos de vista de Fernando V, según el "Parecer que se dió al Rey...", se dió entrada al cardenal Pallavicino en las conversaciones, informándole de lo que convenía que supiera el Papa y dejándole ignorar la parte que se proponían mantener en secreto para él. Al cardenal Pallavicino le explicaron, pues, evidentemente los dos reyes, durante aquellas dos horas de conversación, los esfuerzos que pensaban realizar para atraer a Maximiliano a la guerra contra Venecia. Este tema, guerra contra Venecia, debió constituir la parte sustantiva de aquellas conversaciones, a fin de que el Cardenal diera al Papa la impresión de que ambos soberanos estaban totalmente decididos a realizarla, dependiendo ello tan sólo de que Maximiliano aceptara su punto de vista y se asociara con ellos. De esta suerte se ponía en práctica aquel propósito que se señala en el "Parecer que se dió al Rey..." de llevar conjuntamente las tres negociaciones: una con Maximiliano sobre la base del documento de seis meses de aplazamiento de toda disensión, otra con los venecianos para tenerlos dispuestos a la alianza con Francia y Es-

pañña en caso de necesidad y la tercera con el Papa “abiuyendo aquello”, como se dice en el citado documento, en el cual, como hemos visto, para mantener en riguroso secreto tales propósitos se alude siempre a la guerra contra Venecia con la palabra “aquello” .

Que esto debió ocurrir en la forma que relatamos nos lo confirma la unanimidad con que los historiadores de la época que se refieren a la entrevista de Savona afirman que se trató en ella de la guerra contra Venecia, dejando entender los unos que este fué el único asunto y los otros que fué el principal de los que allí se debatieron (1). Dada la finura y delicadeza del plan concebido por Fernando V que se refleja en el “Parecer que se dió al Rey...”, puede considerarse como seguro que no iba éste a comunicarlo a diplomático tan rudo e inexperto como Julio II. Luis XII y Fernando V tenían una larga experiencia en la política internacional y eran capaces de ver y apreciar sus más delicados matices. Pero el Papa, a quien se le asigna en el citado documento el papel de instrumento de la política de ambos, debió permanecer, en realidad, ignorante de lo que allí se trató. Esto hace comprender el que puesto el cardenal Pallavicino a revelar lo que él sabía de la entrevista de Savona a los embajadores florentinos, nada, o casi nada, pudiera comunicarles, salvo lo que ya se había tratado entre él y Luis XII antes de la llegada de Fernando V: sólo les ocultaba el propósito de hacer la guerra conjunta contra Venecia, del cual tenía indudablemente conocimiento, aunque sin

(1) Así, entre otros, lo afirman: GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, libro VII, cap. III; la *Crónica general del Gran Capitán*, libro III, cap. IV; la *Crónica manuscrita del Gran Capitán*, libro XXIV, cap. XI; PABLO JOVIO, *Vida de Gonzalo Hernández de Córdoba*; ZURITA, *Historia del rey don Hernando*, lib. VIII, cap. IV; ABARCA en los *Anales Históricos de los Reyes de Aragón* (rey don Fernando el Católico), cap. XVI; d'AUTON, *Chroniques de Louis XII*, etc. Además de los autores de la época afirman lo mismo los dos estudios de G. FILIPPI y R. DE MAULDE, antes citados.

más detalles. Es de creer que fué el propio Pallavicino el que por encargo de Julio II trató de concitar a los dos monarcas a la guerra contra Venecia, y así parece deducirse de las palabras de Gonzalo de Ayora a que antes nos hemos referido y del relato que hacen PABLO JOVIO, el autor de la *Crónica manuscrita del Gran Capitán* y el de la *Crónica general del Gran Capitán* (1). En estas tres obras se afirma, en efecto, que el Cardenal hizo presente la necesidad de ir contra los venecianos que se habían apoderado de tantos territorios que no les pertenecían, invitándoles a ayudar a la Iglesia a que recuperara Rímini y Faenza. Luis XII y Fernando V, que ya habían tratado el asunto previamente, se dejaron fácilmente convencer por el Legado, que así podía llevar al Papa la impresión de haber conseguido un éxito diplomático considerable para la Santa Sede, atrayendo a sus intentos a aquellos dos soberanos.

Respecto a las pretensiones del cardenal d'Amboise a la tiara pontificia, debió exponer Fernando V las ideas que se contienen en el "Parecer que se dió al Rey...", haciendo presente al Cardenal su vivo deseo de verle al frente de la Iglesia para que se reformaran las costumbres eclesiásticas. Según GUICCIARDINI, se trató también en Savona de la reforma de la Iglesia, convocando para ello un Concilio en el que se había de tratar este punto. Coincide con esta referencia PEDRO ABARCA, según el cual "los dos reyes hablaron de la reforma de la Iglesia por la convocación de un Concilio" (2).

(1) Publicadas por RODRÍGUEZ VILLA en *Nueva Biblioteca de autores españoles*, tomo X.

(2) La reforma de las costumbres eclesiásticas que desde tanto tiempo atrás venían reclamando los príncipes cristianos por las costumbres viciosas y la disolución de la Corte de Roma en aquellos tiempos, fué la preocupación constante de los Reyes Católicos desde fines del siglo xv. Pero en la entrevista de Savona adquirió este punto por primera vez la importancia de un problema internacional objeto de conversaciones entre diferentes soberanos. En aquella entrevista hay que buscar, por tanto,

Según GUICCIARDINI, en ésto no procedió Fernando V con mucha sinceridad, pero procuraba alentar las esperanzas del cardenal d'Amboise, deseosísimo del Pontificado, a fin de tenerle enteramente ganado a su amistad. La información de GUICCIARDINI es quizás exacta, pues, según hemos visto, en el "Parecer que se dió al Rey..." para nada se trataba de aquel Concilio, cosa peligrosa y comprometida y de tal naturaleza que si se llevaba a cabo en aquellos momentos podía trastornar los otros planes del Rey y especialmente el relativo a la guerra conjunta contra Venecia. En efecto, nada podía ser más desagradable para el Papa en aquellos momentos que oír hablar de tal asunto, receloso como estaba de las pretensiones del cardenal d'Amboise de arrebatarle la tiara, apoyándose en su mayor propensión a las empresas guerreras que a las mansas labores de Pastor de la Iglesia. Y así, al oír hablar de reforma de la Iglesia, debía considerar Julio II aquello como un ataque directo contra su persona.

Más adelante, en junio de 1511, escribía el Rey a su embajador en Francia, Jerónimo de Cavanillas, "respondedle (a Luis XII) de mi parte que por lo que yo le fablé en Saona sobre la reformación de la Yglesia es él buen testigo de quanto yo la desseo y quanto contentamiento y descanso recibiría mi espíritu de verla fecha en mis días por la mucha necessidad que della hay y por el seruicio que della se seguiría a Dios nuestro Señor y beneficio a la Yglesia y a la cristiandad" (1). Expresó, pues, Fernando V su deseo de que la Iglesia se reformara haciendo en su día los dos reyes las indicaciones necesarias a este respecto en Roma, a fin de que se convocara un Concilio. Pero siendo él contrario a esta convocatoria y no habiéndose vuelto a tratar del asunto por el momento, podemos juzgar que debió hacer

los antecedentes políticos más importantes de la reforma luterana y calvinista.

(1) ARCHIVO DE SIMANCAS. Patronato Real. Legajo 21, folio 18.

presente a Luis XII y al cardenal d'Amboise los inconvenientes que de ella se seguirían, proponiéndoles, probablemente, que aquello quedara en suspenso hasta después de que se llevara a cabo la proyectada guerra contra Venecia.

Respecto a los asuntos de España ya hemos visto cómo Fernando V incitó a Luis XII a que utilizara todos los medios de que disponía para atraerse a los señores alemanes, a fin de que el Rey de Romanos no tuviera lugar a crearle dificultades en el momento en que él fuera a adueñarse del Gobierno de Castilla. Por otra parte, las negociaciones posteriores que tuvieron lugar, principalmente en 1508, entre Luis XII y Fernando V, nos demuestran que éste dejó en suspenso toda decisión relativa al proyecto de poner en el trono de Navarra a Gastón de Foix hasta después de que él estuviera instalado en el trono de Castilla. En las negociaciones sostenidas en 1508 entre don Fernando y los Reyes navarros, hizo saber aquél a éstos que en Savona había tratado de interceder a su favor cerca de Luis XII para que se llegase a un arreglo entre ellos y Gastón de Foix sobre la sucesión de aquel Reino: con lo cual ante la esperanza de que don Juan y doña Catalina hicieran algunas concesiones satisfactorias al hermano de doña Germana, se aplacó un poco la gran hostilidad que, según el Rey Católico, había demostrado el de Francia en aquellas vistas (1). También a este respecto se cumplieron, pues, los propósitos apuntados en el "Parecer que se dió al Rey..."

Respecto al proyectado matrimonio entre doña Juana y el propio Gastón de Foix también debió el Rey aplazarlo en la misma forma, puesto que este punto fué asimismo tratado en las negociaciones posteriores entre ambos soberanos. En carta de 18 de de julio dirigida por la princesa doña Catalina a su padre, le habla de los recelos del Rey de Inglaterra respecto a los rumo-

(1) ZURITA, *Historia del rey don Hernando*, libro VIII, capítulo XIV.

res que circulan procedentes de Francia y de España acerca del proyectado matrimonio entre Gastón de Foix y la reina doña Juana. Contestó el Rey Católico a principios de enero de 1508 a su hija la Infanta, afirmando que el Rey de Francia nunca le había propuesto tal matrimonio, y que en el caso de haberle hecho esta proposición, no hubiera sido aceptada (1). Podemos entender por estas frases que, como hemos visto anteriormente, era el Rey contrario a aquel matrimonio, si bien probablemente en Savona, en lugar de dar una contestación definitiva, debió preferir aplazar ésta. Por las mismas razones que Fernando V deseaba tener en suspenso el ánimo de Enrique VII a este respecto, a fin de inclinarle en sentido favorable a sus pretensiones relativas a la gobernación de Castilla, hubo de adoptar una conducta semejante con Luis XII.

Proyectaba también el Rey Católico, como hemos visto por el "Parecer que se dió al Rey...", atraer a la Señoría de Florencia a la acción conjunta contra Venecia, manteniendo despiertos sus deseos de apoderarse de Pisa. Según GUICCIARDINI, los florentinos habían negociado durante todo aquel año tanto con Luis XII como con Fernando V acerca de aquel asunto, ganando el ánimo del primero y contribuyendo, probablemente, a que el segundo, si bien deseaba que Pisa permaneciera independiente, llegara al convencimiento de que esta independencia era ya imposible de sostener por más tiempo, pues, agotados por completo los recursos de los pisanos, tendría él que echar sobre sí toda la carga de aquella empresa después de los esfuerzos y hombres que ya había costado a España. De todos modos, no habiendo Fernando V conseguido que los pisanos aceptaran voluntariamente la soberanía de Florencia, hizo saber a esta Señoría que se opondría a que conquistaran a Pisa por las armas (2).

(1) Estas cartas en extracto se hallan en BERGENROTH, *Calendar of letters*, tomo I.

(2) FRANCISCO GUICCIARDINI, que en su *Historia de Italia*,

En esta disposición fueron los dos reyes a Savona, dispuesto Luis XII a acceder a los deseos de los florentinos, que, como se ha dicho, le habían prometido, a cambio de ello, una fuerte suma, y considerando Fernando V preferible oponerse a ellos para poder de esta manera mantener despiertas las esperanzas de aquella Señoría a fin de que se sumara a la liga contra Venecia. Por esta actitud del Rey Católico se habían abstenido aquel año los florentinos de talar las cosechas del campo de Pisa. Según GUICCIARDINI, ambos soberanos convinieron que Pisa aceptara el dominio de Florencia, acordando también que ninguno de los dos recibiera remuneración alguna de aquella Señoría. Pero esta versión del historiador italiano no es completamente exacta, pues aparte de que tanto Luis XII como Fernando V estuvieran convencidos de la imposibilidad de que la resistencia de Pisa se prolongase, hicieron ambos conjuntamente un nuevo esfuerzo para contener los deseos de Florencia. Ya entrado el año 1508, estando Pisa en situación muy apurada por obra del asedio de las tropas florentinas, envió Fernando V a Florencia por Embajador suyo a Juan de Albión, alcaide de Perpiñán, al mismo tiempo que Luis XII enviaba al napolitano Miguel Ricio para requerir a aque-

libro VII, cap. III, trata con detenimiento este asunto, que debía conocer con exactitud por los altos cargos que ocupó en su patria florentina, afirma que el Rey Católico aseguraba que Pisa estaba bajo su protección, cosa que no era verdad, indicando que hacía esto con el propósito de obtener algún dinero de Florencia a cambio de que no se opusiera a sus deseos. En realidad, Fernando había tomado bajo su protección a la República Pisana, extendiendo en Toro, a 10 de enero de 1505, una escritura de poder a favor de su virrey en Nápoles, Gonzalo Fernández de Córdoba, y de su embajador en Venecia, que era entonces Lorenzo Suárez de Figueroa, para que tomaran a aquella República bajo su protección, como ella lo había pedido. Copia de esta escritura se encuentra en la Biblioteca Nacional, ms. 18.542, folio 12. Esta es una falsa imputación más de las muchas que se hacen a Fernando V y que la crítica imparcial va destruyendo una tras otra.

lla Señoría que desistiese de hacer más daños en las tierras de los pisanos. Propuso con insistencia Juan de Albión que las diferencias entre Florencia y Pisa se sometiesen al arbitraje de Francia y España; pero los florentinos, que en el asedio habían logrado grandes ventajas, se negaron a escuchar aquellas propuestas (1). Vemos, pues, que en todos los puntos se adoptaron las directivas trazadas por el Rey Católico.

Finalmente, debióse tratar también en Savona de que aquella alianza entre Francia y España (que de allí salía tan singularmente reforzada, después de haberse llegado a unificar los criterios de los dos monarcas en todos los puntos tratados), contara con el apoyo de Inglaterra. En carta dirigida por el Rey Católico a Enrique VII desde Valencia, a 20 de julio de 1507 (2), le dice, en efecto, que ha hablado mucho con Luis XII en Savona acerca del Rey de Inglaterra, comprometiéndose mutuamente a permanecer siempre amigos de él como verdaderos hermanos. Sin embargo, no consideró el Rey Católico oportuno comunicar a Enrique VII nada más de lo que allí se trató, limitándose a decirle que se habían esforzado por llegar a un acuerdo relativo a la guerra contra los infieles, frase que, como sabemos, no era en aquella ocasión otra cosa que el pretexto buscado para justificar la entrevista a los ojos del gran público.

Resultados de la entrevista.—Con esto terminaron las vistas de Savona, volviendo a embarcarse el día 2 de julio el Rey Católico en sus galeras, acompañado hasta ellas por el Rey de Francia, que al día siguiente partía también de aquella ciudad para volver a su Reino. El 7 de julio se embarcaba el cardenal Pallavicino para Roma, donde Julio II, cuyas reacciones en política internacional resultaban siempre fuera de todo lo previsible, lejos de apreciar la importancia del hecho de que Francia y España estuvieran dispuestas a ayu-

(1) ZURITA, *obra citada*, libro VIII, cap. XVIII.

(2) BERGENROTH, *obra citada*.

darle en la empresa contra Venecia, con la que estaba tan encariñado, se fijó tan sólo en que Luis XII se había negado a entregar a Juan Bentivoglio y a su hijo Alejandro, quedando con esto disgustado con el Rey de Francia por una pequeñez, a pesar de haber obtenido plena satisfacción en lo sustantivo.

Esto dió lugar a que se retrasara la realización de los planes concertados en Savona. A ello contribuyó el que por su parte Maximiliano, dejándose llevar de la cólera que le poseía contra el Rey de Francia y engréido por la ayuda que le habían prestado en la Dieta de Constanza los representantes del Imperio, pensó poder prescindir de todos aquellos arreglos poniéndose al frente de su ejército para atacar él solo a Venecia. Singular concepción la de aquel gobernante que, ofreciéndosele como aliados los príncipes más poderosos de aquellos tiempos, para que pudiera con su ayuda realizar la empresa que proyectaba, prefiere, no sólo prescindir de aquella ayuda, sino actuar de tal manera, atacando de frente a los venecianos al mismo tiempo que se mantenía en una posición de enemistad con Luis XII, que daba lugar a que Francia y Venecia vieran casi inevitablemente a coaligarse contra él.

Pero los planes del Rey Católico estaban demasiado bien urdidos y él era un gobernante tan tenaz, decidido y fértil en recursos, que a la larga sus proyectos fueron realizándose uno después de otro. Cuando Maximiliano se hubo convencido de que él solo no podía con aquella empresa a que se había lanzado, hubo de volver a meditar por segunda vez las proposiciones que Fernando V y Luis XII le habían hecho al terminar las vistas de Savona; y a fines de 1508 se concertaba la liga de Cambray, en que aquellos soberanos, juntamente con el Papa Julio II, se aliaban para recuperar los territorios que Venecia les había arrebatado. Y así, realizada la parte sustancial de los propósitos de Fernando V al ir a Savona, fueron, como lógica consecuencia, llevándose a la práctica también todos los demás puntos de su programa.

La entrevista de Savona, estudiada a la luz del "Parecer que se dió al Rey...", tiene en la Historia de España una importancia sobresaliente. Sólo después de terminada la conquista de Granada en 1492 se había iniciado la expansión española, proyectando los Reyes Católicos su aguda mirada en el horizonte europeo, interesándose por los problemas en él planteados e interviniendo en ellos con decisión y habilidad. La conquista de Nápoles, terminada en 1504, había representado el premio a aquellos esfuerzos de engrandecimiento de España. Pero ahora, tras la victoria por las armas, que puede ser pasajera por estar sujeta a los reveses de la fortuna, se llegaba a un éxito diplomático de tan honda significación que, a partir de él, puede decirse que empieza el predominio de España en Europa.

En Savona, según hemos visto, triunfó la política internacional del Rey Católico, tan ágil, tan previsor, tan diestro en el manejo de todos los recursos de la diplomacia. Allí por primera vez se advierte a España dirigiendo los destinos europeos, trazando los caminos que había que seguir y maniobrando con atención y prudencia para que todos los demás soberanos se sintieran inclinados a aceptar y hacer suyos aquellos propósitos. Apenas desaparecida del ánimo de Fernando V la preocupación capital de las graves dificultades que le ponía en su camino Felipe I, puede dedicarse libremente a desarrollar sus amplísimos planes de engrandecimiento de España, consiguiendo en pocos meses que vinieran a reunirse en su mano todos los hilos de la política internacional europea.

Actuaba el Rey en las más desfavorables condiciones. Era tan sólo Rey de Aragón, siendo todavía dudoso el éxito de sus pretensiones a adueñarse de la gobernación de Castilla. Estaba aún bajo el peso de la derrota que había sufrido al verse obligado a salir ignominiosamente de aquel Reino; contaba con la decidida enemistad de Maximiliano, con la antipatía instintiva de Julio II, de los Reyes de Navarra y Portugal y en un principio también de Enrique VII de Inglaterra. Como

único punto de apoyo podía disponer de una frágil y demasiado reciente amistad con Luis XII, su enemigo tradicional, al que había expulsado de Nápoles el genio militar y político del Gran Capitán. Y en estas circunstancias le bastan pocos meses del año 1507 para llegar en Savona, en junio, después de haber invertido a su favor los términos de la situación internacional, a asumir la dirección de los asuntos europeos. Quizá no haya ejemplo en la Historia de España de un éxito diplomático semejante a éste obtenido en tan difíciles circunstancias y con un triunfo tan completo de los puntos de vista españoles. Al ver hasta qué punto se impuso allí el criterio de Fernando V en todos los asuntos internacionales del momento, puede decirse que en Savona, en junio de 1507, ha empezado la hegemonía de España en el mundo.

APENDICE

(*París. Archives Nationales. K. 1639; manusc. número 35.*)

En lo del Rey de los romanos él está en lo de francia en no desatar lo del casamiento y todo aquello que fué assentado, de manera que insistir agora en aquello sería más difícil la conclusión de la negoçiaçión, y para que haya speranza de ser más fáçile, si no se puede començar por paz final, comiéndose por paz o tregua temporal, o por vía de comprometer las diferencias y que las hayan de declarar dentro de 10 años, etc., para guerra contra infieles y que en este medio se entendiese en lo de aquéllos, etc., y para más ligeramente venir en esto ver si será bien que se firme la scritura de los 6 meses de sobreymiento en toda cosa y embiarla al Rey de los romanos diziendo que porque aquello fué platicado aqua con los suyos y les pareció bien que la han firmado con condición que la ratifique dentro de 15 días después que por el mensajero le sea notificada, etc., y si la ratificare screuir la manera que parece que se deue

tener en el tratar la concordia, o embiando a los embaxadores para ello o embiándolos él al Rey de françia o a vuestra alteza o yendo para ello el de santa cruz y que donde se huuiere de fazer la negoçiaçión tengan todos sus embaxadores con sus poderes.

Item si el Rey de los romanos no ratificare la dicha escritura de 6 meses, ver si abre el otro camino para la concordia qual convenga y seguille y si no le abre y stá en sus treze, estar muy juntos la chrisstianíssima y cathólica magestades para la defensión de sus estados.

Item en este caso si el Rey de Françia tuuiesse medios para ganar las voluntades de los de flandes para que no fuese allí recibido.

Item que trabaje assimismo de ganar parte en alemaña y de tener muy ciertos a los suyos para que con todo esto tengan en temor y necessidad a aquél.

Item que en lo de gueldres faga lo que viere que cumple para la paz y sosiego de sus estados, pero en caso que pudiese ganar la voluntad de los de flandes haura de mirar mucho en no fazer cosa que pareciese en su disfauor.

Item en lo del papa trabajar de conseruarle y de quitarle toda sospecha, porque de necessidad no se haya de poner en manos del Rey de los romanos, y de venecianos, y si el Rey de françia fablare a su alteza en lo de ruan salirle muy bien a ello, y dezir que tiene ciertos a boria, sorrento, rijoles, cossencia, oristan, y cree que terna a otros, pero que esta cosa deuen tener secretíssima debaxo de tierra de manera que el papa piense que no piensan en ello, porque hauer entendido en ella con alguna publicación por su parte haze daño, y que su alteza no ha señalado pieça, sino que sea el que su alteza nombrare.

fablar en esta misma sentencia ruan ahunquel no fable y dezir que para en aquel caso dexa mandado a su viso rey y a su embaxador gerónimo de Vich que fagan para ello todo lo que su alteza faría, etc., de manera que por razón se ha de juzgar que no puede faltar si se guarda secreto, y que diga su alteza al cardenal que esta

es vna de las cosas que más en este mundo dessea por ver vn buen papa en la yglesia, y porque espera que la yglesia será por él reformada, y que para en aquel caso le pide dos cosas, la vna que estén siempre muy vnidos y en verdadera amistad, y la otra que le prometa de dalle todo fauor para la empresa contra los infieles.

Item si se faze la negociación del Rey de los romanos para lo de aquellos con aquello terna al papa, etc.

Item en las cosas de venecianos, ver si lo del Rey de los romanos lleua algún camino de concordia, y si lo lleua tener fin de fazer aquello, por quitar los stados de italia en el peligro que podrían star en lo porvenir; pero quando lo del Rey de los romanos no lleuase camino, y aquél stuuiese en propósito de rompimiento, en este caso lo mejor y más sano era atar confederación con venecianos, por quitarlos al Rey de los romanos, y para que ellos vengan más presto a ella en tal caso facerles algunos torcedores con lo del papa abiuando aquello, y para esperar a ver lo del Rey de los romanos y para todo conuernía continuar la plática con aquellos secretamente, y abiuar lo del papa todo junto, etc.

en lo de castilla, si fablaren ellos mostrar que en ello hay alguna duda más que con la yda de su alteza se espera con menos dificultad el remedio, y si ofrecen para esto agradecérgelo, y el ayuda que para ello más sin perjuyzio podría dar en caso que la ofrezca sería trabajar de tener parte en alemaña para tener en temor de aquello al Rey de los romanos para que no se ose poner en otra cosa, y esto mismo aprouechara mucho para sus cosas del Rey de françia.

en lo de nauarra responder muy bien, y que por lo que toca a sus honras y conçiencia deuen justificar el negoçio con Dios primeramente y después para con el mundo, y estando justificado con dios, ponerlo en obra, etc., después de assentadas las cosas de Castilla.

en lo del condestable de nauarra, que aquello es en disfauor y en quiebra del duque de nájara, y que para durante la absençia de vuestra alteza aquello no faze daño para sus cosas en castilla y que también estando

absente vuestra alteza quiçá el condestable de castilla no dexara de ayudar porque es su enemigo el duque de ná-jara, y que ydo vuestra alteza si se faze lo de nauarra aquello se remedia ligeramente, y si acordaren de dilatar lo de nauarra su alteza podrá tener manera que aquel estado se entregue al fijo, etc.

Lo del casamiento de fox.

lo de pisa; que tanto quanto florentines tuuieren necesidad a causa de lo de pisa tanto los ternan más ciertos y podrán fazer que se pongan juntamente con ellos en lo de aquellos con sólo darles esperança de aquello, y si desde agora los sacase de aquella necesidad por aventura no los ternan, etc., y para esto procurar que ambas partes comprometan en poder de ambas magestades para que lo determinen quando vieren.

Pareçer que se dió al Rey nuestro señor quando yva a las vistas de françia.

JOSÉ M. DOUSSINAGUE.